



# SEMANARIO POPULAR.

PERIODICO PINTORESCO

ADAPTADO A TODOS LOS GUSTOS Y AL ALCANCE DE TODAS LAS CLASES DE LA SOCIEDAD.

Núm. 23.

JUEVES 4 DE AGOSTO DE 1864.

Los números del año forman un tomo de mas de 400 páginas de abundante lectura y preciosos grabados con una elegante cubierta.

4 CUARTOS EL NÚMERO.

Se publica todos los jueves y se remite á provincias el mismo dia.  
Se vende en los puntos de suscripcion.

Tomo III.

PRECIO DE SUSCRICION.

MADRID un año 24 rs., seis meses 13.—PROVINCIAS un año 26 rs., seis meses 14.—ESTRANJERO, CUBA Y PUERTO-RICO, un año 50 rs.

## SUMARIO.

BOSQUEJOS HISTÓRICO-FILOSÓFICOS, por J. Marin Ordoñez.  
—LA REUNION DE DOÑA CLAUDIA.—CUATRO PÁGINAS DE INFIERNO, por Cecilio Navarro.—MELODÍA, por Cármen de Espejo y Valverde.—PARIS: plaza de la Concordia.—COSAS DEL DIA, por Roberto.—EPÍGRAMAS, por Iglesias.—EL PUERCO-ESPIN.—LOS HOJOS NEGROS: seguidillas, por José Gonzalez de Tejada.—BIBLIOGRAFÍA.—A. C... constancia, por Augusto Jeréz Perchet.

## BOSQUEJOS HISTÓRICO-FILOSÓFICOS.

### II.

#### LA CREACION.—EL HOMBRE.

Si la historia es, como ha dicho un escritor contemporáneo, la biografía de la humanidad, el historiador debe y tiene la necesidad de estudiar muy detenidamente los acontecimientos todos que marcan el carácter de esta, que revelan su índole y la naturaleza de sus tendencias, que indican sus justas aspiraciones y enseñan las leyes de su desenvolvimiento.

Las relaciones del universo respecto de su autor, de la naturaleza toda bajo el dominio del hombre, no pueden pasar desapercibidas para el investigador filósofo que anhela conocer la razon de todo cuanto á su vista se presenta, y que intenta romper el velo tupido que cubre en cierto límite á la naturaleza con la impenetrabilidad del misterio, para sentirse estremecido por la grandeza del ser que le ocultara, colmando entonces su pecho de fe, lejos de anonadarse se engrandece, lejos de confundirse se levanta lleno de confianza y mira la superioridad del hombre al universo entero y reflexiona en su poder capaz de mudar á la naturaleza y de alzarse contra su autor siquiera sea para perderse.

Existe un libro precioso, mas precioso que todos los libros; hay una historia antigua y

fidedigna, mas antigua que todas las historias, tan fidedigna como la que mas; en ese libro, en esa historia ha de buscar el investigador los gérmenes verdaderos de la humanidad: nadie como el autor de ese tesoro ha dicho con mas sencillez y mas verdad el origen del mundo, la creacion del hombre y sus primeras evoluciones, nadie como él indica al género humano lo que ha sido, y en ninguna otra fuente puede saciar el filósofo su sed de ciencia para llegar á comprender á lo que la humanidad está llamada.

«Dios era en su esencia y existia en la eternidad de su ser.

»Y con su poder y por su bondad infinita creó los mundos.

»No en un dia determinado, pues para la eternidad no hay dias; no en un instante cierto, pues para lo infinito no hay instantes, sino en el principio.»

Aquí toma origen la narracion de Moisés. «In principio creavit Deus cælum et terram:» ¡cuánta sublimidad entre la mas elocuente sencillez!

»En el principio, es decir, antes que existiese cosa alguna.

«En el principio, esto es, cuando dieron comienzo los tiempos, cuando fue dable la sucesion de los seres y de los hechos, cuando á la inalterable eternidad de lo infinito, vino á señalar un punto apenas perceptible sin alterar su naturaleza, la veleidosa existencia de lo inconstante y pasajero.

Fecunda filosofía la que encierra este solo pensamiento, un mundo creado!

Hombres, que ensoberbecidos en vuestro saber hasta quereis arrancar á Dios su omnipotencia soñando una eternidad que no es la suya; venir á aprender en estas cortas palabras; las mas profundas de cuantas humana lengua hasta ahora pronunciara, que si el ciego orgullo ha cerrado los ojos de vuestra razon, para no poder ver el continuo mudar de cuanto os rodea, habeis de desprenderos

de esa antorcha que os alumbrá y apagarla bajo la inmunda huella de vuestra planta para desconocer el hecho que os refiere el mas antiguo, el mas imparcial y fidedigno de los historiadores.

«Y la tierra que sacó de la nada estuvo informe y desnuda: caos tenebroso en donde todas las cosas estaban fuera de su lugar, y en donde no habia lugar para las cosas.

»Y estaba envuelta en las aguas: y el Espíritu de Dios ondulaba sobre todo, para fecundar con sus alas las aguas y las tinieblas.

»Y dijo Dios: sea la luz; y la luz fue: y separó la luz de las tinieblas, y hubo dia y noche: y dividió las aguas en superiores é inferiores, y puso entre ellos las bóvedas del firmamento: y juntó las aguas inferiores en un inmenso receptáculo, y le llamó mar.

»Y mandó Dios á la tierra que se vistiera de gala: y se hermoseó con plantas y árboles, con flores y apacible verdura: llenando su seno con felicísimas semillas, que renovasen en ellas todas esas bellezas.

»Y quiso que el tiempo se sujetara á medida; y colocó luminarias en el cielo; y bordó sus azuladas bóvedas con estrellas lucientes.

»Y puso en los abismos del mar, y en los estensos horizontes de la tierra seres llenos de vida, á los que bendijo diciendo: *creced y multiplicaos*: y les dió la potestad generadora.

»Y además de los peces del mar y de las aves del cielo, pobló de brutos y de animales todas las zonas y todas las regiones de la tierra.

»Cuando todo esto estuvo hecho: cuando la vida flotaba por el cielo y por los aires, por la tierra y por el mar: cuando las aguas con sus borrascosos oleajes dieron prueba de su existencia: cuando brotó de la tierra una vegetacion tan poderosa como virgen: y surcaban ágiles los mónstruos acuáticos la superficie de los mares, luciendo sus brillantes colores; y discurrían libres los brutos terrestres



los anchurosos lugares haciendo gala de su bravura; y endian sueltas las aves los aires por la inmensidad del espacio, entonando suaves armonías y desplegando vistosos cambiantes, y millones de antorchas fulgentes alumbraban desde lo alto tanto prodigio, quiso Dios poner al hombre cual rey en tan espléndido palacio, y dijo: *Hagámosle á nuestra imagen y semejanza, y que domine sobre los peces del mar, y sobre las aves del cielo, y sobre los animales, y sobre toda la tierra y sobre todos los reptiles que en ella se mueven.*

»Y así fue.»

Desde entonces empieza la historia, porque tienen principio las mudanzas y las sucesiones, hechos de que el mismo Dios en su infinita omnipotencia, deja ejemplo al hombre en la continua marcha de la creacion, como queriendo enseñarle la ley eterna del progreso. Al estudiar esa evolucion, primera de todas las evoluciones que en la larga serie de los tiempos han de formar la trama de la historia; al contemplar la condicion de superioridad del ser racional al universo entero, al ver como los seres todos le rinden humilde vasallaje y le ofrecen sus respetos y sus dones, como los diversos elementos se postran á sus pies y la someten á su mano, el filósofo aprende las leyes eternas, que conducen á la humanidad en su marcha constante é indefinida; leyes que sigue de una manera instintiva, que las ciencias desenvuelven en sus continuos adelantos y que la historia sintetiza para dar á conocer su influjo ó su decadencia en la larga sucesion de los tiempos; para conocer cuáles son el desarrollo de la humanidad y las tendencias del hombre.

Del hombre, sí, cuya accion individual va á confundirse en el piélago insondable del humano linaje, pero cuya índole especial es indispensable comprender, para caminar con seguro paso por entre las misteriosas profundidades de la historia; cuyas singulares condiciones interesa averiguar, para dar base fija y certera á nuestros juicios sobre los diversos y complicados cataclismos de los pueblos y de las sociedades. Ser especial por el dualismo que constituye su naturaleza, aunque identificado en su cuerpo con lo que le rodea y en su espíritu con la misma divinidad; forma una entidad misteriosa, existente en sí é independiente, de condiciones propias y diferentes de los demás seres, modificada de una manera especial en armonia con sus diversos elementos. Su cuerpo le sujeta á los lazos de la materia, su espíritu inteligente y libre le hará dominar la creacion y levantarse al infinito mientras aquel, nace se desenvuelve y crece para llegar á su esterminio en el encontrado vaiven de multiplicadas y opuestas necesidades, en la confusa y ciega sollicitacion de diferentes tendencias; éste se levanta potente sobre todo lo que le rodea conducido por una brillante antorcha, mas viva y mas esplendente, para no amortiguarse jamás, cuanto mas el hombre la anima, sostenido por una accion independiente y propia mas activa y mas vigorosa cuanto mas se aleja de atractivos mezquinos, cuanto mas se deja conducir por la grandeza de su destino: inmortal como el soplo divino que le da vida.

(Se continuará.)

J. MARIN ORDOÑEZ.

#### LA REUNION DE DOÑA CLAUDIA.

Ustedes podrán decir lo que gusten, pero lo cierto es que como la reunion de doña Claudia no hay dos en Madrid.

Don Ruperto, que así se llama su esposo, es el hombre mas familiar y mas completo del mundo.

Cuanto gana en su destino parécete poco á nuestro hombre para obsequiar á su cónyuge y comprar moñas y zarandajas á sus dos hijas Juanita y Rafaela, muchachas de quince á diez y ocho abríles cada una, tan bonitas como rosas de mayo, y tan á la buena de Dios

que de todo el mundo, es decir, de todos los que tienen el honor de frecuentar aquel hogar que mas que hogar parece un cielo en abreviatura, se hacen querer á las primeras de cambio.

Loquitos están los padres con ellas, y tanto que cuando solos se hallan no saben hablar de otra cosa.

—Mira, Ruperto, decíale una noche doña Claudia mientras hilvanaba una madeja de algodón que aquel sostenia con envidiable paciencia, créete que estoy con cuidado...

—¿Por qué, mujer?

—Toma, ¿por qué ha de ser? Porque Juanita salió esta noche con la criada para ver una enferma, y esta es la bendita hora de Dios en que no ha vuelto.

—¿Bah! ¿Y te sofocas por eso? ¡Ya vendrá!...

—¿Ya vendrá, si, ya vendrá: y tanto como vendrá! Mire usted qué salida de pié de banco... pero si no es ese el caso...

—¿Pues cual es? Sepamos. dijo el pacientísimo don Ruperto, encendiendo una punta de cigarro en la luz del quinqué...

—¡Calle! ¡Esas tenemos! ¿Y me lo preguntas! Parece que ignoras lo que son los jóvenes del día; ¡y con ella que es tan vivaracha y tan!... Vamos mas vale callar... Ojalá tuviera el carácter de mi Rafaela, tan tímida tan cándida y con aquel talento que es lo que hay que ver.

—Sin embargo, ya se anima cuando charla con Manolito.

—Y nada tiene de particular; como que es él quien le enmienda los versos que escribe, y el que influyó para que se publicaran aquellos de... de... ¡ah! ya recuerdo; pero si son tan tristes ¡ay! que hacen llorar.

«Sufre mi corazón una tortura horrenda.»

—¿Por caridad, Claudia, por caridad!

«Al ver tus ojos de azucena umbría.»

—¿Pero, Claudia!...

—¿Si no me dejarás...!

—Mujer, si estás disparatando...

—¿Qué sabes tú de versos, bobo? Y no es eso lo peor, sino que Juanita sigue tu escuela y sin cuidarse mas que de apoyar tus subvertidos principios, acabará por adorar á ese becerro de oro á quien nuestro siglo rinde culto y veneracion; pero ¡ah! no lograreis contagiarnos, y aunque tú y Rafaela y Rafaela y tú nos queráis inducir por esa senda, nada conseguireis: ¡lo oyes, esposo fementido?

—Esas son chocheas, Claudia, y nada mas, repuso don Ruperto sonriendo del modo mas natural del mundo.

—¡Oh! ¡Me horripilo de tener un esposo como tú! Y al decir esto doña Claudia, arrojó el ovillo á la cara de su marido y le volvió la espalda.

Don Ruperto por toda contestacion se levantó y dirigió á su esposa sonriendo, y dándole una palmadita en el hombro la dijo:

—Vamos, Claudia: ¿te has enfadado?

—Ya se ve que sí.

—Una libra de dulces á que me das la razon.

—Sí, la razon; facilito era; contestó doña Claudia haciendo una mueca de desden.

—Lo veremos, tonta.

—¿Lo veremos!

Entonces don Ruperto se metió la mano en el bolsillo del chaleco y sacó algunas monedas que cayeron en forma de cascada sobre la falda de su mujer.

A tan grato sonido, doña Claudia fue volviendo insensiblemente la cabeza hacia su esposo, y haciendo mas agradable cada vez la espresion de su semblante.

—¿Te has enfadado? la volvió á preguntar este.

—¡Eh! déjame, repuso doña Claudia con ese acento peculiar de la mujer que quiere verse acariciada por el dueño de su corazón.

—¿Ves, tonta? arguyó don Ruperto: la plata es el único lenitivo á vuestros sufrimientos; y arrojó sobre su esposa una mirada que valia tanto como decir: «¡Ay, Claudia mía! ¡Quién tuviera veinte años!»

—¡Marrullero...! si sabes mas que Merlin, interrumpió la buena señora guardándose las monedas. Vamos á ver; ¿has ganado hoy mucho?

—Mucho; pero á costa de perder el juicio.

—¿Y no lo has perdido nunca? preguntó ella queriendo echar mano de su antigua coquetería.

—Si tú no me hubieses querido... ¿te acuerdas?

En esto se abrió la puerta del gabinete.

Los dos esposos miraron con avidez esperando ver entrar á sus hijas; pero no fue así.

El reciénvenido era un pollo muy elegante y de muy buenos ademanes, que adelantó hacia don Ruperto, estrechándole la mano, como igualmente á la señora doña Claudia.

—Dichosos los ojos que ven á usted, Manolito.

—Señora; dichosos los míos; pero ¿qué quieren ustedes? Anoche estuve sumamente ocupado.

—Mire usted, lo creo; porque si no cómo era posible que...

—Ya ve usted; pero... ¿y las niñas?

—Buenas, dijo don Ruperto: salieron á hacer una visita y no deben tardar, porque se acerca la hora feliz para ustedes los pollos y...

—Amigo! ¡los enamorados!...

Don Ruperto miró á su esposa como acusándola de esta imprudencia; pues bien sabia que el joven lo estaba de su Rafaela, y entre tanto Manolito, hecho cargo de que en los tiempos modernos no solo hay sobra de libertad para fumar delante de las personas mas respetables, sino que seria una falta imperdonable no ofrecerles, sacó su petaca y la presentó á don Ruperto.

—Pruebe usted estos cigarrillos, le dijo, que son excelentes:

—No serán de estanco, porque amigo, las cajetillas de á diez, ya de Alicante, de Alcoy ó del infierno, son fatales; en fin, ya vé usted el vulgo ha dado en llamarlas *revienta pobres*; ¿pues y las de quince?; parecen rejalar ¡válgame Cristo!

—Y lo mejor, que es todo polvo...

—No lo será para el contratista.

—Ruperto, interrumpió doña Claudia, ¿no vas á ponerte decente?

—¡Ah! y es verdad, mujer; si tú no me lo recuerdas...

—Pero si está usted bien, dijo Manolito.

—¿Cómo ha de estar bien, si parece un Adán...

—Bueno, mujer, bueno; ya me voy; no rabies mas.

—Aun es temprano, exclamó Manolito consultando su reloj; son las nueve y treinta y cinco...

—¿A ver? Treinta y siete con doce en la Pueria del Sol, repuso el bondadoso marido haciendo alarde de la seguridad de su *caldera*...

Manolito se sonrió, y don Ruperto, orgulloso de su triunfo, se marchó con objeto de acicalarse.

Antiguamente hubiese sido una falta hablar de amores con personas de mas edad, pero ya por fortuna no solo está muy admitido, sino que es casi necesario.

—Con que, Manolito, ¿qué me cuenta usted

—Qué he de contar, señora, que cada vez estoy mas enamorado de ella.

Porque es un ángel bendito

que mil gracias atesora

y á quien frenético adora

con el alma...

—¡Manolito! ¿En verso se espresa usted? ¡Qué diablura!

—Y cómo no

cuando sin quererlo yo

estoy recibiendo pié?

—¿Pié dice usted, caballero? ¡Oh, qué falso testimonio!

—Y no temo que el demonio

me deje por embustero.



—Es usted un deslenguado.  
—Señora usted lo ha querido.  
—¡Ay Jesus! Si mi marido, lo oyera...  
—Yo no he faltado...  
—¿Cómo que no! Si le oí, que está mi pié recibiendo, cuando usted mismo está viendo, que tengo los dos aquí?...

En esto abrióse la puerta de nuevo y aparecieron Rafaela y Juanita, ambas vestidas de blanco y con flores en la cabeza.

Desentendiéndose del mucho almidon que tenían en la cara, podremos decir que eran bonitas, muy bonitas... pero ¿a qué cansar con descripciones de si su frente era de nácar y sus cabellos de ébano, etcétera? Figúrense ustedes el tipo que mas les guste y vamos andando...

Mientras Juanita saludaba á su mamá, Rafaela estrechaba con frenesí la mano de Manuel que inclinándose hasta su oído le dijo: —«Estás encantadora, Rafaela,» y luego alzando la voz, continuó:

—Sabrán ustedes que no ha mucho sostenía un animado diálogo en verso con la mamá.

—Mas vale que calle usted, Manolito; interrumpió doña Claudia sonriendo.

—Pero ¿es posible? dijo Rafaelita.

—Vea usted, hermosa Rafaela; ¡cosas del mundo! Si á mamá le hubiesen dicho que había de versificar no lo hubiese creído, y hace un momento que ha estado hablando conmigo en redondillas,

—Vamos, no sea usted majadero.

—Es la verdad.

Juanita se sentó al lado de su mamá, y don Ruperto entró muy encopetado de frac y chaleco blanco...

—Pues señor, ya estamos listos y preparados.

—Así, así me gustas, dijo doña Claudia.

Pero como en el día no se someten los hijos á la voluntad de los padres, sino estos á la de aquellos.

—Calla, ¡por Dios! mamá, interrumpió Juanita; parece imposible que puedan agradar á nadie esas alas de pichon por faldones...

—¿Y qué quieres! tu padre tiene sus obligaciones y no puede...

—Pero que se ponga levita...

—¡Eh! ¡ridiculeces!...

—Sí, sí, levita; añadió Rafaela.

—Vaya: ¿en qué quedamos? ¿Levita ó frac?

—Lo dicho...

Y don Ruperto, acordándose que en estos tiempos son muy usuales tales cambios entre los altos personajes, sin temor al mas leve constipado, fué á mudarse de *casaca*.

Lo hizo como lo dijo y volvió.

—Ya será tarde, preguntó Juanita como impaciente.

—Las diez en punto, contestó Manolito mirando de nuevo en su reloj,

En seguida consultó el suyo don Ruperto manifestando de nuevo que en la Puerta del Sol eran las diez y dos con doce segundos.

—Pues ya es hora de que enciendan.

Y trasladóse á la sala todos cuatro se pusieron á encender las velas de cuatro candeleros de bronce que había sobre las rinconeras, escepto el papá que no quiso delegar en nadie las facultades de encender la lámpara de la consola, y lo hizo él mismo para evitar un desfallo en sus intereses.

Doña Claudia se volvió al gabinete.

Los novios se sentaron en el rincón mas apartado de la sala.

Juanita colocóse al piano y el bondadoso papá marchóse á la antesala con objeto de recibir á los que vinieran.

—No puedo vivir sin tí, Rafaela mia, exclamaba Manuel con acento lastimero.

La niña aparentó ruborizarse y entonces el imberbe pollo dejó al descuido una mano sobre la de su amada que se hizo la distraída, á pesar de que la emoción púsole colorada como una rosa.

—¿Me quieres? añadió el joven absorbiendo en sus miradas todo el fuego que derramaban los encantadores ojos de la niña, mientras se

pasaba los dedos del corazón é índice de la mano izquierda por el sitio en que dos años después debieran existir señales de bigote.

—Sí... contestó ella jugueteando con el abanico y bajando los ojos al suelo.

—¡Oh! soy dichoso! ¿Pero mucho?

—Mucho.

—¿De veras?

—De veras.

—¿Pero mucho?

—Mas que á mi vida.

—Y yo con toda mi alma, con frenesí, con delirio, y por tí todo martirio, es para mí dulce calma.

—¿Cómo improvisas!

—¡Teniendo tan cerca mi bella musa!

—Es claro.

—¿Te casarías conmigo, Rafaela?

—¡Dices unas cosas!

—¡Oh, angel mio! Yo te adoro, pero júrame que no me olvidarás, que serás mia y solo mia. ¿Lo juras?

—Lo juro.

—¿Por tu amor?

—Por la persona que mas quiera en el mundo.

—¿Y quieres?

La niña guardó silencio, sin duda para dar mas valor á la espresion que iba á salir de sus labios, y despues de corresponder con una dulcísima sonrisa á la mirada de su amante, le dijo con voz melosa:

—¡A tí, dueño mio!

—¡Oh, vida mia! ¿Te acuerdas de la noche de la verbena cuando te dije...

En este momento nuestros amantes fueron interrumpidos por la aparicion de un nuevo personaje y por la voz de Juanita que cantaba con encantadora armonía:

«¡Ay, mamá, qué noche aquella!»

El nuevo personaje era un joven de unos veinte y dos á veinte y cuatro años, tan fino como elegante y tan elegante como *hermoso*.

Y al poner esta palabra no hizo mas que transcribirla de boca de las viudas y jamonas que así le llaman, porque yo francamente, no he podido hallar un hombre todavía que posea la última cualidad.

Nuestro reciénvenido, adelantó de puntillas hasta el piano sin ser visto de Juanita; y al decir esta

«en que el falso me decia»

continuó él á «*soito vozzé*»:

«niña mia, por lo bella,

»tú has de ser la estrella mia.»

—¡Ay, Jesus! Me ha asustado V., dijo la niña sonriéndose y quitándose del piano. Buenas noches, señor don Enrique.

—Qué, ¿no prosigue V., mi bella Juanita?

Ella entonces le arrojó una mirada de ira que él contestó con una leve sonrisa, y cambiando de tono le dijo:

—Contenta me tiene V.; hablaremos...

—Como gustes, hija mia...

—Hágame V. el favor de tratarme...

—Como siempre... Tú estás enfadada; no es culpa mia; yo no lo estoy y por consiguiente...

—¿Con que no te enfadas, eh? pues entonces cuando venga la Dolorcita me pongo á bailar con ella, luego con Lucía y despues con...

—¿Con el diablo que te lleve!... No harás tal....

—¡Vaya, y tanto! pero oye, vente allí y te diré....

—¿Yo? ¡Fácil era! ¿Te haces acreedor á nada?

—¡Anda!

—Pues dime dónde has estado...

—Si supieras...

—No es necesario que te esfuerces, en el tiro de pistola...

—Justamente.

—¿Y luego?

—En la Fuente Castellana.

—¿Y luego?

—En el Prado, donde el caballo me ha dado cinco botes de carnero, rompiéndosele al cuarto las cinchas y arrojándose por las orejas.

—¡Dios mio! exclamó Juanita sobresaltada; ¿y qué te ha hecho?

—Nada afortunadamente; me dió un poco dolor de cabeza y para distraerme fuime al Iris donde he perdido diez y seis mil reales que llevaba en el bolsillo.

—¿Es posible!

—Como lo oyes; pero ya no pierdo mas porque esta noche hago mi última calaverada.

—Es que no te dejaré salir.

—No importa.

—¿Pretendes suicidarte

—Tal vez.

—¿De veras?

—Y tan de veras como que mañana me caso.

—¡Aquí fué Troya! Juanita puso el grito en el cielo y lloró á lágrima viva; pero mientras mas lloraba y gritaba ella, mas se reía este nuevo Adonis de las damas.

Pero dejemos que entren convidados y mas convidados y á nuestros amantes que apuren uno el cáliz del amor, y la copa de la amargura la otra, y sigamos á don Ruperto que con las manos metidas en los bolsillos y dándose cuanta importancia requería su posición, entraba á ver á su Claudia.

—Míralos allí; díjole este: Rafaela y Manuel tan buenos, tan contentos como siempre; parece que están en una balsa de aceite, mientras que Enrique y Juanita...

—¡Qué afán el tuyo de reparar en todo!

—Ya se vé que sí, y mas vale... sinó ya verás como el día menos pensado él que es tan calavera, tan fátuo, nos proporciona un pesar mientras los otros...

—No te fies de las apariencias.

—Anda, que no te puede ver; parece que tienes *horchata de chufas* en las venas.

—Qué cosas dices...

Y su diálogo fue igualmente interrumpido por la aparicion de la vecina del cuarto segundo, que entró con su marido poniéndose á hablar con doña Claudia de si la criada sisaba ó no, del aguador, el casero, de las visitas, etc. mientras su cónyuge hablaba con don Ruperto de lo que no nos importa.

Pasó un cuarto de hora.

Don Ruperto andaba de aquí para allá y á punto de ahorcarse con un cabello porque el gabinete y la sala estaban invadidos ya por los convidados, y no solo esto, sino que se introducían hasta el comedor con objeto de apagar la sed que producía tan sofocante calor.

Porque hacia calor, mucho calor, sin contar con el que ocasionaba tanto mirriñaque al enjaular aquellos cuerpecitos tan retrecheros.

—Señora doña Claudia; dijo un pollo con aspecto de jilguero y movimientos de arlequín: le suplico á usted que mande tocar una polka, porque se halla comprometido mi honor.

—Mi señora doña Claudia, un wals y me hace usted dichoso.

—A tan poca costa...

—¡Oh! gracias, señora: es usted lo mas amable!... ¿Con qué?...

—¡Despues!...

El joven quedó chafado y el primer *titi* fué presuroso á noticiar á su amada el buen éxito de su petición.

—Elena, está usted servida; pero ¿me favorecerá usted?...

—Con mucho gusto, se apresuró á decir la desconocida que, con el agua de Barcelona en la cara y un vestido color grosella, mas que criatura humana parecía un busto de yeso mate pintado de almazarrón.

—¡Pobres chicos! Ya se las prometían muy felices, cuando vea usted que el pianista, por espíritu de oposicion, comenzó á tocar una tanda de habaneras.

—Nota, queridita mia dijo Manuel á su Rafaela, que te encuentras preocupada desde hace un rato.

No, estoy lo mismo, repuso ella mirando á un rincón donde se encontraba un militarcito





ANTIGÜEDADES.—Trages españoles del siglo XIII.

de cazadores rubio y apuesto el cual no le quitaba ojo en toda la noche.

—Sin embargo, esas miradas, ¡oh! no quisiera creerlo de tí porque mi corazón se desgarraría.

Y dicho y hecho, nuestro mozo se puso á llorar que daba compasión.

Durante esta escena, el cadete muy almirado y peripatético llegó á Rafaela y le dijo:

—¿Me favorecería usted con esta habanera?

—Con mucho gusto; repuso la niña sonriendo de un modo tan delicioso para este mozalvete, como funesto y desgarrador para su amante.

Y siguiendo tan armonioso compás, ellas mueve que mueve las calderas y ellos dale que

dale á los pies como quien pisa huevos, se pusieron á bailar que era un primor.

Y entre tanto Juanita, que tan vivaracha y alegre era otras veces, se hallaba triste y meditabunda en un rincón de la sala y Manolito *iden per idem*.

Y vea usted que en tan críticos instantes acertó á pasar por su lado don Ruperto, y nuestro jóven se puso á hacer *pucheros* como un niño de teta.

—¿Qué tiene usted Manolito?

—¡Oh don Ruperto, cuán desgraciado soy, exclamó con trágico acento echándole los brazos al cuello,

—Pero ¿qué ocurre, qué ocurre? decía su futuro suegro.

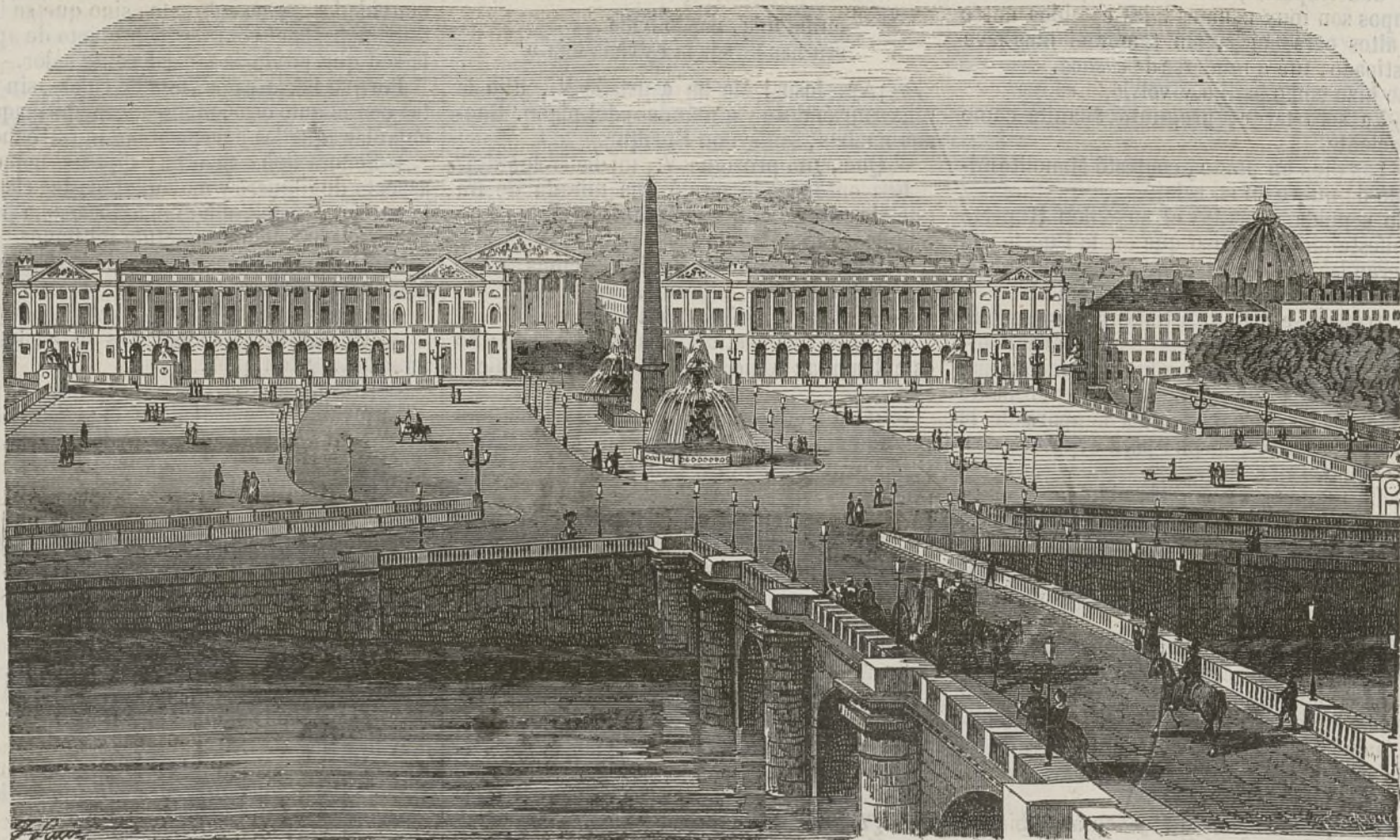
—Salgamos, salgamos de aquí y le contaré á usted todo.

—Bien, salgamos; dijo don Ruperto, y se llevó á Manolito á la cocina por ser el sitio habitable, mas reservado de la casa.

(Se continuará.)

#### CUATRO PÁGINAS DE INFIERNO:

«Al pie del trono (de Plutón) estaba la Muerte, pálida y devoradora con su cortante guadaña, que afilaba sin cesar. En torno de ella revoloteaban las negras zozobras, las crueles desconfianzas, la venganza cubierta de heridas y chorreando sangre; los odios



PARÍS.—Plaza de la Concordia.



injustos, la avaricia que se roe á sí misma la desesperacion que se desgarrá con sus propias manos, la ambicion desordenada que todo lo trastorna, la traicion que se sacia de sangre, sin poder gozar los males que ha causado, la envidia, que derrama en derredor su mortífero veneno, rabiando en la impotencia de dañar, la impiedad que ahonda á sus pies un abismo sin fondo en que se precipita sin esperanza; los espectros horribles, los fantasmas de los muertos que espantan á los vivos, los sueños pavorosos, los insomnios

tan crueles como estos tristes sueños... to las estas imágenes funestas rodeaban al fiero Pluton y llenaban el palacio que habitaban.

«Allí vió (Telémaco) muchos impíos hipócritas, que con apariencia de amor á la religion, se habian servido de ella, como de un bello pretesto, para satisfacer su ambicion, burlándose de los hombres crédulos. Estos impíos, que habian abusado de la virtud, eran castigados como los mas inicuos de los hombres. Los hijos que habian asesinado á

sus padres y á sus madres, las esposas que habian empapado sus manos en la sangre de sus esposos, los traidores que habian vendido su patria violando sus juramentos, sufrían penas menos crueles que los hipócritas. Y es que los hipócritas no se contentan con ser malos como los demás impíos; sino que, queriendo pasar por buenos, hacen con su falsa virtud que los hombres no se fíen ni aun de la virtud verdadera. Por eso los dioses de que ellos se burlaron é hicieron despreciables entre los hombres, se complacen en emplear su



LA VUELTA AL MUNDO.—Fachada septentrional de Ongkor-Wat.

poder todo para vengarse de sus insultos.

«Vió, en fin, á los reyes, condenados por haber abusado de su poder. Por un lado una Furia vengativa les presentaba un espejo que les mostraba toda la deformidad de sus vicios. En él veían, y no podían dejar de ver, su vanidad grosera y ávida de las mas ridículas lisonjas, su dureza para con los hombres que debieron haber hecho felices, su insensibilidad por la virtud, su temor de oír la verdad, su inclinacion á aduladores indignos, su desaplicacion, su molice, su indolencia, su desconfianza fuera de razon, su fausto y escésiva magnificencia fundada sobre la ruina de los pueblos, su ambicion por comprar una ruin vanagloria con la sangre de sus conciudadanos, su crueldad, en fin, que busca cada dia nuevas delicias en medio de las lágrimas y desesperacion de tantos desdichados. Se miraban, pues, perpétuamente en este espejo, y se veían mas horribles y monstruosos aun que la Quimera vencida por Bellerofonte, mas que la Hidra de Lerna rematada por Hércules, mas que el mismo Cancerbero, que vomita por sus tres fauces abiertas negra sangre de ponzoña capaz de apestar á todos los hombres de la tierra.

«Al mismo tiempo y por otro lado, otra Furia les repetía con escarnio todas las alabanzas que los aduladores les habian tributado durante su vida, y les presentaba otro espejo en que se veían tales como la adulacion los habia pintado; y la oposicion de estas dos imágenes tan contrarias era el suplicio de su vanidad. Se observaba que los mas malos de estos reyes, eran precisamente aquellos á quienes habian alabado mas magníficamente en vida...

«Se les oye gemir en profundidades de tinieblas, donde no pueden ver mas que las injurias que tienen que sufrir: nada tienen en redor que no los repela, que no los reproche, que no los confunda. Mientras que en la tierra se burlaban de la vida de los hombres, pretendiendo que era todo para servirlos, en el infierno están entregados á todos los caprichos de ciertos esclavos que les hacen sentir á su vez una cruel servidumbre: los reyes sirven á los esclavos con dolor, y no les resta esperanza ninguna de poder aliviar su esclavitud. Bajo los golpes de estos esclavos, convertidos ya en tiranos crueles, son los reyes como yunques bajo los martillos de los cíclopes.

«Estos reyes se reprochaban mutuamente su ceguedad. El uno decia al otro que habia sido su hijo.

—¿No te habia yo recomendado á mi vejez y á mi muerte reparar los daños que habia hecho?

—¡Vos sois quien me ha perdido! contestaba el hijo: vuestro ejemplo que me ha inspirado el fausto, el orgullo, la lujuria, la crueldad. Viéndoos reinar con tanta molice y rodeado de aduladores viles, me acostumbré á amar la lisonja y los placeres. Yo creí que los hombres eran para los reyes lo que los caballos y demás bestias de carga son para los hombres: animales de que no se hace aprecio sino mientras sirven y prestan comodidades. Yo lo he creído, sí; pero vos me lo habeis hecho creer, y ahora sufro tantos males por haberos imitado.

«A estos reproches añadian maldiciones horribles y parecían poseídos de rabia para despedazarse padre é hijo.

«Observábase que muchos de estos reyes eran severamente castigados, no por los males que habian hecho, sino por los bienes que habian dejado de hacer. Todos los crímenes de los pueblos que nacen de la negligencia



con que se hacen observar las leyes, eran imputados á los reyes, que no deben reinar, sino para que las leyes reinen por su ministerio. También se les imputaban todos los desórdenes del fausto, del lujo y demás excesos que lanzan al hombre á un estado violento y en la tentación de barrenar las leyes para adquirir conveniencias. Sobre todo se trataba rigurosamente á los reyes, que en vez de ser buenos y vigilantes pastores de los pueblos, no habían pensado mas que en devorar el rebaño como lobos hambrientos.

»Pero lo que mas le extrañó fue haber visto tantos reyes en el infierno y tan pocos en los Eliseos.»—Traducción textual de Fenelon.

CECILIO NAVARRO.

### MELODÍA.

Serena es la noche;  
brillantes y limpias  
millares de estrellas  
los cielos tapizan;  
derrama la Luna  
su luz argentina  
y ríela en las aguas  
del lago tranquilas.

¿Verdad que es la noche  
vergel de delicias?

¿Verdad que su manto  
amores anida?

¡Qué gratos perfumes  
las flores envían  
al plácido beso  
de mágica brisa!  
La tórtola arrulla,  
el aura suspira,  
y escúchase blanda  
feliz armonía.

¿Verdad que es la noche  
vergel de delicias?

¿Verdad que en su manto  
amores anida?

Allá en la ribera  
el olmo se inclina  
la hiedra abrasando  
que al tronco se arrima,  
y en tanto, mas lejos  
su sien purpurina  
la dulce amapola  
levanta sencilla;  
el lirio la siente,  
sus hojas caídas  
de amor al impulso  
temblando se agitan,  
y mudos se hablan  
y tiernos se miran.....

¡Qué bella es la noche!

Las flores, las brisas,  
las fuentes, las aves,  
la calma dulcísima,  
amores murmuran,  
de amores suspiran.  
Si se aman las flores,  
si amantes caricias  
las aves ocultas  
también se prodigan,  
si es bella la noche  
y en ella respira  
el alma que siente  
dolor y fatiga,  
amemos nosotros  
que amor es la vida.

CÁRMEN DE ESPEJO Y VALVERDE.

### PARIS.

#### PLAZA DE LA CONCORDIA.

Todas las avenidas de esta plaza, dice un viajero son suntuosas, ya se llegue por la calle Real ó por los Diques del Sena, ó por el jardín de las Tullerías ó por la hermosa calle de árboles de los Campos Eliseos, nada le falta, ni la poesía de los recuerdos, ni la grandiosidad de los monumentos, ni las decoraciones

caprichosas, ni las líneas severas de la arquitectura, ni la estension de los horizontes, ni la variedad de las perspectivas, entre las que flota la mirada incierta sin atreverse á escoger. Aquí se ve el templo griego, mas lejos la iglesia gótica; á la derecha se encuentran palacios, á la izquierda el Sena, por delante están las Tullerías y por detrás paseos sin fin que pasan por debajo del Arco de la Estrella hasta perderse en la soledad del bosque. No nos detendremos á referir las trasformaciones que ha sufrido esta plaza, solo diremos que después de las jornadas de julio, la plaza de Luis XVI se llamó plaza de la Concordia. En 1836 se colocó de Luxor, el obelisco que existe hoy, y gracias á no tener color político, durará mas tiempo que la estatua ecuestre de Luis XV y que la de la Libertad decretada por la asamblea legislativa en 1792. El obelisco es de una pieza de granito rosáceo, y mide 23 metros de altura. Su peso es de 250,000 kilogramos. El pedestal también es de una pieza de 4 metros de altura y unos 70 centímetros de ancho. Está lleno de geroglíficos tallados en la piedra que celebran en su lengua los trabajos de Ramestés y las conquistas de Sesostris (1). En el pedestal se han grabado las impresiones del viaje del obelisco desde Luxor hasta París, y las diversas operaciones de estática y de mecánica que han sido necesarias emplear para su transporte desde Egipto y colocacion en un plaza de París.

A cada lado del obelisco hay dos fuentes de abundante agua que lava continuamente la mancha de sangre de Luis XVI. La que está mas próxima á la calle de Rivoli está dedicada á los ríos. Dos estatuas representan al Ródano y al Rhin y hermosos grupos en los vasos simbolizan la agricultura, el comercio, la industria y las diversas cosechas de la Francia que fecundizan estos dos ríos. La otra fuente está dedicada á los mares. Las estatuas figuran al Océano y al Mediterráneo y á los diferentes peces que viven en sus aguas. Tres pequeños genios sostienen el vaso superior, y simbolizan las atrevidas expediciones de la navegacion marítima.

Ocho estatuas representando las ocho principales ciudades de Francia han sido colocadas en los ángulos de la plaza, y son: Lyon, Marsella, Burdeos, Nantes, Ruan, Brest, Lila y Estrasburgo. Completan la decoracion monumental de la plaza de la Concordia dos caballos, obra de Comton, colocados en pedestales á la entrada de la mas magnífica calle de árboles de los Campos Eliseos, encabritados sobre los corvejones de mármol.

### COSAS DEL DIA.

Vosotros, los que teneis veinte años; los que en la bella primavera de la existencia os sentís acariciados por un porvenir risueño; los que en el seno de vuestros hogares hallais una madre tierna y cariñosa que os colma de bendiciones y de esperanzas; los que por amor á ella comprendéis el santo amor al trabajo; los que habeis encontrado una hermosa jóven que os brinda en sus frases, en sus suspiros y en sus miradas todos los encantos de la felicidad; los que teneis amigos que consuelan vuestras amarguras; padres ancianos, que os miran como el báculo de su decrepitud; hermanos que esperan en vosotros; lazos indisolubles que os ligan al mundo, á la vida, á la sociedad; ahogad los sentimientos de vuestro corazón generoso; trazad nuevas sendas á la imaginacion y á la mente, porque la patria os reclama.

Cada punto de esos podría ser un pensamiento amargo, sombrío y desgarrador.

Pero solo os manifestaré que estais próximos á ser ¡soldados!

(1) Pensando prudentemente, porque no está descrito.

### ¡El sorteo!

Un puñado de mozos de veinte años, en el limitado espacio de cuatro varas en cuadro, son objeto de la amargura de cien corazones, de cien familias que lloran desconsoladas por ellos.

Allí acude el pobre, el artesano, el estudiante, el empleado, el artista, todos, en fin, con la ansiedad en el corazón y la tristeza en el alma; todos, menos el aristócrata, que manda su lacayo ó su mayordomo...

El labrador deja sus tierras, el jornalero su trabajo, el empleado su oficina, y van solícitos en busca de sus hijos... todos, menos el aristócrata que puede comprar á peso de oro la libertad del suyo...

Entre aquella multitud de rostros pálidos y contraidos, de bocas entreabiertas, de ojos dilatados, de corazones que laten, de manos que tiemblan, de cuerpos que vacilan, hay un personaje, cuyo rostro, cuya boca, cuyos ojos, cuyo corazón y cuyo cuerpo, en fin, espresa mas dolor, mas angustia, mas amargura que los demás...

Es el cesante...

El padre que há un año disfrutaba 12,000 rs. de sueldo y hoy carece de pan que dar á su familia; el padre que se sacrificaba por su hijo, y hoy, que depende de lo que éste gana en su destino de auxiliar, ve que se lo llevan, que se lo arrancan de entre sus brazos, que ni la patria, ni el gobierno, ni la sociedad entera, le tenderá una mano en su dolor...

Llega el momento...

El sorteo empieza...

Todas las miradas se fijan en la mesa de los que componen la comision.

Todos callan...

Todos esperan...

De repente un murmullo triste, como el que producen las olas de un mar alborotado se difunde por la estancia...

El presidente ha pronunciado un nombre...

Ese nombre ha obtenido en suerte el número último...

El agraciado es un jóven alto; pero de sospechosa catadura; en su rostro distínguense algunas cicatrices que sacó en otras tantas pendencias, y se le conoce por el *chulo de Lavapies*.

Viste pantalon ajustado á la pierna, chaqueta al talle, camisa de chorreras y gorra de hilo, derribada graciosamente sobre la oreja derecha...

Vaya una suerte, dice abriéndose paso; voy á sentar plaza.

Y escupiendo por el colmillo, apoyándose en su nudoso baston de fresno, y rodeado de unos cuantos camaradas suyos, sale con mas tristeza que alegría...

El silencio se restablece.

Repítase la anterior escena.

Un nuevo nombre resuena en los ángulos de la estancia...

Entre las exclamaciones de unos, las murmuraciones de otros, y la sorpresa de todos, se oye pronunciar el número que le corresponde.

¡El uno!

Un jóven de fisonomía dulce y espresiva, de distinguidos ademanes, de elegante apostura, se estremece repentinamente...

Su rostro palidece, sus ojos se arrasan en lágrimas, y sus temblorosas manos estrechan mil y mil veces el sombrero de copa que contiene entre ellas...

Una cabeza sobresale por cima del círculo que forman las demás, y el nombre de ¡mi hijo! pronunciado de un modo desgarrador, hace que todas las miradas se fijan en aquel punto...

El nuevo quinto ábrese paso al través de la concurrencia, y sollozando se arroja en los brazos del hombre que le llamaba...

¡Es el cesante!

¡Es su padre!...

Pasados los primeros momentos de agonía, ambos se miran, y ninguno halla frase con que



consolarse del dolor que recíprocamente les aqueja...

¡Cuánta abnegación revelan las ardientes lágrimas del hijo! ¡Cuánta resignación el prolongado silencio del autor de sus días!...

Todos los corazones parecen suspensos de aquella dolorosa escena que mi pluma renuncia á describir, porque todos la comprenden...

Pero vuelve la indiferencia.

Vuelve á escucharse un tercer nombre, y aquel nombre va acompañado de un guarismo, que vale tanto como la palabra ¡libre!

—¿Quién es ese? pregunta un honrado trabajador.

—Es mi señorito: el hijo del señor duque de Tal, dice un lacayo, que con la sonrisa en los labios y la esperanza en el bolsillo, va presuroso á ponerlo en conocimiento de sus amos.

Al atravesar por el lado de aquel padre que gimé desconsolado bajo la influencia de su terrible desgracia, una sarcástica sonrisa vaga en sus labios.

En la escalera ya, se encuentra con una señora que le detiene.

—¿Viene usted del sorteo? le dice.

—Sí...

—¿Sabe usted si ha salido don Fulano de Tal?...

—Con el número uno, le contesta, y sigue su camino.

—¡Ah, Dios mío! exclama aquella mujer.

Y loca, frenética, delirante, con el manto suelto, la mirada estraviada, los labios trémulos y comprimidos, salta dos á dos las escaleras, hasta penetrar en el salón...

Una vez allí, el primer grupo que se ofrece á su vista, es el de unos cuantos jóvenes que tratan de celebrar en la fonda la suerte de su amigo el duquesito... mas allá el caballero que abraza á su hijo, el hijo que en vano lucha por consolar á su padre...

—¡Tu madre, hijo mío! dice aquel, observando á la mujer que se les acerca.

A aquella palabra, el joven levanta la cabeza; ahoga un espantoso grito de angustia, y se arroja en brazos de ella; arrastrando consigo á su padre, de quien no se aparta, porque teme dejarlo, porque le parece que lo va á perder de vista para siempre...

Para ellos no hay alegría, no hay consuelo... no hay esperanza.

Su hijo está bueno...

El facultativo, que comprende toda la importancia del deber que le está confiado, no se atreverá á afirmar lo contrario, en perjuicio de un tercero...

Además, ellos son pobres.

Pero *pobres decentes*, que son los mas desgraciados de la sociedad.

El sorteo ha pasado.

El alistamiento de quintos toca á su término.

Cada madre alega una ó mas escepciones en pró del hijo de sus entrañas, por retenerle entre sus brazos, porque nadie le quite lo que Dios ó la naturaleza le ha concedido.

¡Es inútil!

La ley es inflexible á los ruegos, ciega á las lágrimas, muda á las súplicas.

La decoración ha cambiado.

La reducida estancia de una tenencia de alcalde no es el teatro en que han de moverse nuestros personajes...

Los cuarteles les han abierto sus puertas...

Los jóvenes quintos ocupan sus *cuadras*.

—Dadme 8,000 reales si quereis volver á vuestros hogares; les dicen...

¡Y dicen bien!

¡Qué menos ha de valer un hombre!

¡Qué menos un joven que, como artista, como empleado, como estudiante, era una esperanza para un padre y para su patria!

Mucho pudiera estenderme en consideraciones acerca de este punto; pero la índole del periódico me lo impide...

Lo cierto es que el hortelano vende su casita

rodeada de panales y madre-selvas; el labrador sus bueyes, el artesano las alhajas en que ha ido invirtiendo sus pocos ahorros, y á costa de grandes sacrificios, nunca recompensados, logran la redención de sus hijos.

*La persona decente*, como se dice, aunque para mí todas son iguales, pretende hacer otro tanto... pero es el caso que no tiene casa, ni bueyes, ni alhajas, ni dinero... el mueblaje de las habitaciones del pobre, es del pobre, exclusivamente del pobre, porque nada le importan las apariencias sociales.

*La persona decente y sin dinero* ¡ni aun eso! Los que le han conocido *rico* no le conocen *pobre*; los que han visitado su casa alhajada á la moda, no la visitarán cuando se halle desierta de muebles; los que ayer por su nombre, su posición y sus talentos se le ofrecían, hoy rehusan darle 8,000 reales para su hijo, porque aquel nombre, aquella posición, aquellos talentos han desaparecido.

Los prestamistas le ofrecen dinero al módico interés de un *cuarenta por ciento*, sin otra garantía que la firma de tres personas de *responsabilidad*...

Entre tanto, llega el día de que los quintos entren en *caja*.

A la mañana siguiente unos salen alegres, otros quedan llorando al lado de sus madres, y los mas anuncian que se *LOS LLEVAN FUERA*.

Esta noticia llega á oídos del desconsolado padre con algunas horas de retraso...

Los quintos han partido.

Entre ellos va el que obtuvo el número uno.

Comprende cuántos sacrificios está haciendo aquel por alcanzar su redención, y las lágrimas corren á hilos por sus pálidas mejillas.

Hombres, niños y mujeres, llegan á la puerta del cuartel... preguntan... les señalan á lo lejos, y cien gritos de dolor pueblan el espacio...

Ven cómo en un momento parece cebarse la desgracia en aquellos que valen, que sirven y son útiles á su patria; pero se resignan ante el numeroso cuadro de los que sufrieron y sufrirán como ellos...

Debía terminar este artículo de otro modo, pero renuncié á ello...

Formad un paralelo entre el tipo *número primero* y el número último, y vendreis en conocimiento de lo que no os digo, pues aunque mil ideas se agrupen á mi imaginación acalorada, y se presente á mis ojos el honrado jornalero, quitándose el sustento que gana con el sudor de su frente por redimir al hijo en que mira el apoyo de su vejez, y el pobre cuyos sentimientos están purificados por la desgracia, y la tierna madre, á quien la fatalidad arranca al que ha alimentado con su sangre, al que ha visto día tras día crecer y educarse á su sombra, aghena acaso del negro porvenir que le esperaba, mi corazón latirá por vosotros, mis lágrimas correrán con las vuestras, pero mi lengua enmudece, porque no necesitáis de mi humilde y olvidada pluma para que esas mismas ideas, esos mismos sentimientos estén arraigados y germinen en vuestro espíritu y en el de vuestra numerosa y desconsolada familia.

ROBERTO.

#### EPÍGRAMAS.

Hízome señas Teodora

Ayer desde su balcon,

Y dije: ¡qué tentación

De risa tan á deshora!

Subí á ver lo que queria,

Salí á su balcon; y luego...

Se puso á la puerta un ciego

A tocar la sinfonía.

Preguntó á su esposo Irene:

Blas mío, cuándo te ausentas,

Sin que tú me dejes rentas,

¿Qué dirás que me mantiene?

No lo sé respondió Blas;

Y ella le dijo: inocente,

Mira un espejo de frente,

Quizá en él lo advertirás.

Jamás hallé en diccionario,

Ni otros libros que he leído,

Quien me declare el sentido

De la fe de un secretario.

Esta fe unos, lo primero,

Dicen verdad significa;

Otros que mentira indica;

Y yo digo que dinero.

Un casado se acostó,

Y con paternal cariño

A su lado puso el niño;

Pero sucio amaneció:

Entonces torciendo el gesto,

Miróse uno y otro lado,

Y exclamó desconsolado:

¡Ay amor, cómo me has puesto

Empinando una botella,

Luisa á placer me miraba:

Si yo los tragos doblaba,

Doblaba las risas ella:

Mas de tanto risotear,

Con el taburete, Luisa,

Dió en el suelo: y yo de risa

También me tire á rodar.

De toda la vida mía

Los agüeros mas siniestros,

Fueron el tener maestros

De quien el buen gusto huía.

Y si bien de ellos me rio,

Si yo llego á tener fama,

Vereis como alguno esclama:

¿Ese? es discípulo mío.

Cierto poderoso echó

A un pueblo una estafa tal,

Que perdido lo dejó;

Y á sus expensas fundó

Un magnífico hospital.

Dijole uno: singular

Obra, mas no creo os sobre;

Pues si á él se viene á curar

Todo el que está por vos pobre,

No hay casa para empezar.

¡Qué frío tengo! decía

Luisa, y á mí se arrimaba,

No estando en casa su tia;

Pero yo la replicaba.

Pues no está esta sala fria.

De que yo no la entendiera

Ella se empezó á aburrir;

Y es que la Luisa quisiera

Que yo mismo la dijera,

Lo que ella pensó decir.

Hablando de cierta historia,

A un necio se preguntó:

¿Te acuerdas tú? y respondió:

Esperen que haga memoria.

Mi Inés viendo su idiotismo,

Dijo risueña al momento:

Haz también entendimiento,

Que te costará lo mismo.

Al andaluz mas valiente

De todos los andaluces,

Cuya charpa omnipotente

Pobló estos barrios de cruces,

Cierta noche á la una dada

En el Conejal hallé,

Me miró, yo le miré,

Y fuese sin decir nada.

El chiste mas excelente

Que en mi vida pensé oír

Me contó Inés, y escribir

Se lo mandé á mi escribiente.

Fue el caso... mas él notó

Que iba el principio mal puesto;

Pensé enmendarlo, y con esto

El chiste se me olvidó.





HISTORIA NATURAL.—El Puerco-espín.

Entrando en los Cayetanos  
Una dama á un charro vió,  
Y le dijo: ¿se acabó  
La misa de los villanos?  
Viendo él trazas tan livianas,  
Respondió: se acabó ya;  
Pero entrad, que ahora saldrá  
Otra de las cortesanas

IGLESIAS.

## EL PUERCO-ESPIN.

Se conoce en las puas ó aguijones de que está cubierto su cuerpo. Tiene cuatro muelas cilíndricas con cuatro ó cinco surcos en sus coronas; su lengua está erizada de espinas escamosas; tiene cuatro dedos en las extremidades anteriores, y por lo regular cinco en las posteriores, todos armados de uñas robustas.

No porque el mayor número de las lenguas de Europa hayan dado á este animal el nombre de puerco-espín, es efectivamente un puerco cargado de espinas, pues no se parece á él sino en el gruñido, diferenciándose en todo lo demás, tanto como cualquier otro animal, así en la figura como en la conformación interior. El puerco-espín tiene, como el castor, la cabeza corta, dos grandes dientes incisivos en la parte anterior de la mandíbula, ningún colmillo ó diente canino, el hocico hendido como la liebre, las orejas redondas y chatas, los pies armados de uñas, pudiendo decir que por todos estos caracteres, no menos que por la cola corta, el largo bigote y el labio dividido, se acerca mucho más á la liebre ó el castor que al puerco. Es una especie particular y diferente de las del erizo, el castor, la liebre y cualquiera otro animal con quien se le quiera comparar.

Es falso lo que dicen algunos naturalistas que atribuyen á este animal la facultad de arrojar sus puas á mucha distancia y con bastante fuerza para penetrar y herir profundamente. Este error parece fundado en que cuando el animal está irritado ó únicamente agitado, endereza sus puas y las mueve, y algunas de ellas que solo están adheridas á la piel por una especie de pedículo delgado, se caen fácilmente.

El puerco-espín, aunque originario de los

mas ardientes climas de Africa y de la India, puede vivir y multiplicarse en países menos calientes, como España, Italia y Persia.

No es feroz, ni indómito, sino amante de su libertad, y se le puede alimentar con miga de pan, queso y frutas: en estado de libertad se sustenta de raíces y semillas silvestres, y cuando puede introducirse en un jardín, hace en él mucho estrago, y come ansiosamente la hortaliza: engorda, como la mayor parte de los demás animales, á fines de otoño, y su carne, aunque algo insípida, no es mala de comer.

## LOS OJOS NEGROS.

SEGUIDILLAS.

(Música de don Enrique Perez de Tudela.)

Quando Dios hizo el mundo  
vió que era bueno,  
y le echó por canela  
dos ojos negros.

Desde esa fecha  
nos morimos los hombres  
por la canela.

Son dos soles en julio  
tus negros ojos,  
y en mi pecho se encierra  
misto de fósforo.

Sal á mirarme  
aunque solo un chispazo  
mi vida acabe.

A los ojos, espejos  
dicen del alma,  
y en los ojos azules  
no se ve nada.

Mi morenilla  
me retrata en los suyos  
cuando me mira.

JOSÉ GONZALEZ DE TEJADA.

## BIBLIOGRAFÍA.

## LA VUELTA AL MUNDO

VIAJES INTERESANTES Y NOVÍSIMOS,

POR TODOS LOS PAÍSES,

CON GRABADOS POR LOS MEJORES ARTISTAS.

Una de las lecturas mas instructivas y al mismo tiempo mas amenas y deleitables es la de las relaciones de viajes; y cuando están escritas por personas dotadas de fuerza de observación, de conocimientos y de gusto, no hay quien no prefiera una de estas relaciones á cualquiera otro libro de recreo, sobre todo, si á los atractivos del original se unen las de las láminas y grabados con el auxiliar poderoso de la fotografía.

Una de estas obras es la que ofrecemos hoy al público con el título de *La Vuelta al Mundo* obra de lo mejor que se ha publicado en su clase, descripción de países poco conocidos, de costumbres aun ignoradas por muchos, y todo realizado con vistas, grabados, cuadros de costumbres, paisajes, edificios sacados de fotografía por los mismos artistas viajeros. Una vez cogido en la mano un libro de esta clase, el lector no le suelta hasta haberle recorrido todo. Tal es el interés que halla en sus páginas, donde con vivos colores se pintan los hábitos, religion, estado social, costumbres de pueblos, entre los cuales no ha penetrado aun sino á duras penas la antorcha del cristianismo.

CONDICIONES DE LA SUSCRICION.

*La Vuelta al Mundo* sale á luz por entregas de 8 grandes páginas, ó sean 16 columnas de letra hermosa y clara y papel superior, llenas de preciosos grabados ejecutados por los mejores artistas de Europa.

Cada 30 ó 40 entregas formarán un tomo, y se darán 2 entregas semanales, ú 8 al mes, repartiéndose una bonita cubierta al fin de cada tomo.

Constará de dos ó tres tomos.

El precio de cada entrega será diez cuartos en toda España, escusivamente económica, atendido su mérito.

Se han repartido 13 entregas. Se suscribe en todos los puntos en donde se suscribe al SEMANARIO POPULAR.

A. C...

CONSTANCIA.

—¿Qué hicieras si fueses ave?

—Turbar la verde enramada  
publicando en canto suave  
la belleza de mi amada.

—¿Y si arroyo murmurante?

—El nombre de la que adora  
mi pecho fiel y constante,  
repetir con voz sonora.

—¿Y si tímido alelí,  
O delicada azucena,  
Qué hicieras entonces, dí?

—Ornar la frente serena  
de mi amor.

—¡Ay! moriría  
entre sus rizos tu encanto.

—¿Qué importaba, si moría  
junto al ser que adoro tanto!

—¡Desatino!... Así perder  
la hermosura y la fragancia.

—No es desatino; es tener  
en el cariño *constancia*.

AUGUSTO JEREZ PERCHET.

Por todo lo no firmado J. GASPAS.  
Editor responsable: Fernando Gaspar.

ADVERTENCIA. Las suscripciones se hacen solo por un año ó por seis meses.—Las de año concluirán el último de febrero, y las de seis meses á fin de agosto próximo.—Las reclamaciones por pérdida de un número, se atenderán solo durante los primeros 15 días después de su publicación.

PUNTOS DE SUSCRICION. MADRID: Librería de Gaspar y Roig, Príncipe, 4; de Matute, Carretas, 6; de Leocadio Lopez, Cármen, 29; de Cuesta, Carretas, 9; de San Martín, Victoria, 9; de Sanchez Rubio, Carretas, 31; Duran, Carrera de San Gerónimo; Doehao, calle de Jacometrezo, 63, y en la Publicidad, pasaje de Mathen. En Provincias, Estranjero y Américas, en casa de los corresponsales de los editores Gaspar y Roig, donde se suscribe á la BIBLIOTECA ILUSTRADA, y mandando libranzas ó sellos de correos.

MADRID: Imp. de Gaspar y Roig.